



Cuentos de mi taita

"OJOS DE VER"

Por Nicomedes Santa Cruz

I
LOS "ojos de ver" que tiene el perro son tan poderosos que llegan a presentir, con mucha anticipación y a gran distancia, la presencia de la muerte, así como a la víctima escogida. Han habido cristianos que en su afán por adquirir los extraños poderes del perro, sacáronle la legaña acunmulada en sus lagrimales y un-táronse la en los ojos; hecho lo-cual fueron víctimas de alucina-ciones, delirio y, finalmente, lo-cura...

II
 En el pueblo de San Nicolás, las sombras de la noche resbala-ron desde el lomo gris de los al-tos cerros, hasta llegar a los pa-jizos techos de dos aguas, desdi-bujando el apacible caserío pri-mero, y terminando por cubrirlo todo con su impenetrable negru-ra. Todo, menos la choza de Pe-dro Pataslargas, cuyas dos úni-cas ventanas despedían el débil alumbrado interior, como quien ilumina los ojos de una calavera metiéndole una vela adentro.

Domitila, sentada junto al fo-gón, cabeceaba un sueño ligero, despertaba sobresaltada y volví-a a alimentar el fuego para man-tener caliente el puchero de su Pedro. Esta operación la venía repitiendo desde que sintió el to-que de oraciones, pero ya era me-dianoche y su Pedro no llegaba a casa. Por enésima vez abrió la rústica puerta y miró por el lar-go camino que se perdía en el monte, pero apenas sus llorosos ojos podían divisar más allá de dos metros, después todo era obs-curidad, silencio y niebla. Vol-vió a su asiento sin cerrar la puerta.

De pronto, el "Mocho", que dormitaba a sus plantas con el hocico entre las patas, levantó bruscamente la cabeza, paró las orejas y se asomó a la puerta, fi-ja la mirada en el vacío de la no-che cerrada, gimió angustiado, miró a su ama, miró afuera, se sentó sobre sus cuartos traseros y empezó a aullar como nunca antes lo había hecho.

Domitila, que había estado ob-servando desde un comienzo la extraña actitud de su perro, cre-yó que merodeaba algún desco-nocido, pero por más que miró y remiró desde la puerta y a tra-vés de las ventanas no vio abso-lutamente nada. Sin embargo, el "Mocho" seguía lanzando aulli-dos escalofriantes.

III

Entonces tuvo la peregrina idea: Acariciando su fiel perro

hasta calmarlo un poco, fue sa-cando las gruesas lágrimas que brotaban de los ojos del animal y aplicándolas a los suyos hasta dejar totalmente humedecidas sus pupilas. Luego acercó su silla a la puerta y observó hacia afuera, en la misma dirección que antes lo hiciera el animal.

Durante el primer minuto no pasó nada. De súbito —como si estuviera en la sala de un cine-matógrafo— vio ante sus propias narices el Tambo de la Pascua-rica, que quedaba en Quebrada Seca, distante dos leguas de San Nicolás. Allí, sentado en una mesa con un desconocido, ante una jarra de chicha y completa-mente borracho estaba su Pedro Pataslargas. Luego, la absorta Domitila contempló claramente cómo el sujeto sacaba a su ma-rido del Tambo, lo conducía por una cañada y cuando éste, tam-baleante, se detenía para hacer aguas menores, el desconocido le asestaba un feroz machetazo en la cabeza. Pedro caía muerto, y el asesino, tras robarle todo su dinero, cubría el cadáver con ca-ñás y piedras, alejándose hasta perderse de vista...

IV

Al despuntar la mañana, Do-mitila, vestida de luto, se dirigió al puesto policial de San Nicolás para informar al Comisario sobre el asesinato de su marido. Cons-tituidas las autoridades en el lu-gar de los hechos, Domitila mos-tró el lugar exacto donde estaba sepultó el cuerpo de su marido. Luego la comitiva se trasladó al Tambo de la Pascuala, pero ésta negó que la víctima hubiese estado en su local la noche ante-rior, y mucho menos bebiendo chicha en compañía de un sujeto desconocido, según lo atestigua-ba la Domitila. Tampoco pudo —o quiso— la afligida viuda dar razón de cómo se enteró de los hechos sin haber abandonado su casa, pues nadie la había visto por Quebrada Seca, lugar del cri-men y distante dos leguas de San Nicolás.

De vuelta al puesto policial, se hizo presente el gobernador, quien luego de leer la instructiva, declaró única culpable del ase-sinato de Pedro Pataslargas a su conviviente Domitila Carranza.

Ya llevaba la Domitila más de una semana recluida en una cel-da de la prisión de San Nicolás, cuando una noche sintió que des-de afuera le gemía su perro "Mo-cho"; llamó al guardián de la pri-sión y le rogó que dejara entrar al animal para que le hiciera compañía en su celda aunque

fuera sólo por esa noche. Tanto insistió la pobre mujer, que el ce-lador, quizá compadecido, acce-dió de buen grado.

Nuevamente vio Domitila en los ojos del "Mocho" la misma expresión alucinada de aquella trágica noche en que asesinaron a su marido, y, sin pensarlos dos veces, se untó los ojos con las lá-grimas del perro.

Esta vez vio que el mismo su-jeto que matara a su Pedro esta-ba ingresando a una vivienda en el caserío de Palo Alto, a un ki-lómetro de San Nicolás. Luego que penetrara en la casa desen-fundaba su machete y daba muer-te a todos sus dormidos morado-res: un matrimonio y tres meno-res hijos. Terminada su orgía de sangre, volcaba sobre el suelo y muebles el contenido de la lám-para de aceite y prendía fuego a la choza, para finalmente ocul-tarse en un cercano algarrobal y desde allí contemplar sonriente la acción del fuego que provocara su mano asesina...

Domitila gritó con todas sus fuerzas llamando al celador y re-firiendo a éste, al sargento y a todos los que llegaron alarmados por su alboroto, el múltiple cri-men que acababa de consumarse en Palo Alto. Salió una patrulla armada y de regreso trajeron un prisionero maniatado: era el suje-to que por dos veces vieran los clarividentes ojos de Domitila. Sin ninguna presión se confesó

autor del macabro crimen de Pa-lo Alto, así como también resultó autor del asesinato de Pedro Pa-taslargas, en Quebrada Seca, por el que injustamente estaba pur-gando condena la Domitila. Se su-po además, que en la muerte de Pedro había tenido por cómplice a su amante: Paula, la dueña del Tambo.

Domitila fue puesta inmedia-tamente en libertad...

VI

En el pueblo de San Nicolás, las sombras de la noche resbala-ron desde el lomo gris de los al-tos cerros, pasando de largo por sobre el pequeño camposanto eri-gido a sus faldas, hasta cubri-rló todo con su impenetrable ne-grura. Todo, menos la choza de Domitila Carranza, viuda desde hace catorce años; allí hay una luz que agoniza.

La anciana, noche tras noche repite la misma operación: coge con la yema de los dedos las grue-sas lágrimas de su perro "Mo-cho" y humedece con ellas sus ojos. Luego mira en dirección al tortuoso camino por donde sabe que algún día ha de llegar la muerte, y así permanece horas y horas, esperándola inútilmente.

Esta noche parece que sí... En efecto, ya llega. ¡No, no, le ladres, adelante, adelante venerable se-ñora... Y aquella noche, Domitila "Mocho", que viene por mí... Carranza cerró para siempre sus ya cansados "ojos de ver"...



SONO
MAYO
-65

